

»He notado que se pone muy pálido siempre que pasa Toinou, el cartero, y le dice que no hay nada para nosotros. Yo también estoy con cuidado; pero siempre confío en que Dios librará de todo peligro á mi querido hijo como se lo ruego, y también creo que no te sucederá ningún mal por mala conducta, pues si no fuese así, me darías el mayor de los disgustos.

»Tu padre quiere que te diga que no está muy tranquilo por que también él ha estado en el ejército y sabe lo que es eso. Dice que hay muchos peligros para los jóvenes que no son muy juiciosos, por que los compañeros los arrastran á las tabernas y al trato de mujeres malas, que no sirven más que para hacerlos caer en el mal. Te digo esto, hijo mío, por complacerle; pero yo ya sé que mi querido Juan es formal y tiene un corazón que le alejará de todas esas cosas repugnantes.

»El mes que viene te volveremos á enviar un poco de dinero, pues creo que te hará falta para muchas cosas. Sé muy bien que no gastarás más de lo necesario, cuando pienses en lo que tu pobre padre está trabajando; en cuanto á mí, el trabajo de las mujeres no es gran cosa y sólo hablo por él.

»Siempre hablamos de tí en las veladas. No pasa noche sin que nombremos muchas veces á nuestro Juan.

»Todos los vecinos te envían recuerdos.

»Recibe un abrazo muy apretado de tu padre y otro mío.

Tu madre,

FRANCISCA PEYRAL.

En el calabozo del cuartel, donde estaba en cerrado *por embriaguez y por haber sido recogido por la guardia*, fué donde Juan recibió esta carta.

Por fortuna, la herida del spahi rubio no era muy grave, y ni el herido ni sus compañeros habían querido denunciar á Peyral.

Juan, con el traje destrozado y lleno de sangre y la camisa hecha girones no había podido aún despejarse por completo; sentía como una niebla ante sus ojos y apenas podía leer la carta de su madre.

Además, del mismo modo que sus facultades físicas, sentía también veladas sus afecciones de la infancia y sus recuerdos de familia.

La causa de todo esto era Cora, pues sucede así en ciertos periodos de aturdimiento y de vértigo, y después aquel velo se descorre y vuelve uno poco á poco á sus primeras impresiones y cariños.

A pesar de la frialdad de Juan aquella pobre carta tan confiada no tardó en encontrar el camino de su corazón.

El joven la besó respetuosamente y se echó á llorar.

Después se juró no volver á beber más, y como

la afición no estaba todavía encarnada en él, pudo en adelante cumplir su juramento, y nunca volvió á emborracharse.

## XXIII

Pocos días después una circunstancia imprevista vino á introducir en la vida de Juan una distracción sana y necesaria.

Se dió orden á los spahis, para que fuesen á establecerse, para cambiar de aire, al campamento de Dialambau, á unas cuantas millas de distancia, al sur de San Luis, y cerca de la embocadura del río.

El día de la marcha Fatou-Gayé fué al cuartel con su lindo paño azul á hacer una visita de despedida á su amigo, que la besó por primera vez en sus redondas mejillas negras.

A la caída de la tarde los spahis se pusieron en marcha.....

En cuanto á Cora, pasados los primeros momentos de sobreexcitación y de rabia, echaba de menos á sus amantes.

La verdad es que los amaba á ambos; los dos Juanes hablaban igualmente á sus sentidos.

Gozaba al verse tratada como una divinidad por el spahi, haciendo gran contraste con lo que sucedía con el otro que la trataba como quien era, como á

una perdida. Nunca nadie la había demostrado un desprecio más tranquilo ni más completo, y aquella novedad también tenía para ella mucho encanto.

Pero ya no la vieron más en San Luis arrastrar su larga cola por la arena.

Un día partió misteriosamente para una de las factorías más alejadas del sur, en cumplimiento de una orden dada á su marido por la autoridad.

Fatou-Gayé había hablado sin duda, y en San Luis había hecho mucha impresión el último escándalo dado por aquella mujer.

## XXIV

Era una tranquila noche de fines de Febrero. verdadera noche de invierno tranquila y fría, después de un día abrasador.

La colonia de los spahis, caminando hacia Dialambau atraviesa al paso las explanadas de Legbar. Van *en columna de viaje*, y Juan, que se ha quedado á la retaguardia, camina tranquilamente en compañía de su amigo Nyaor.

El Shara y el Soudan tienen esas noches frías que gozan del claro esplendor de nuestras noches de invierno, sino que con más transparencia y claridad.

Un silencio de muerte reina en todo aquel país.

El cielo tiene un azulado verdoso y la luna alumbraba como en pleno día, dibujando los objetos con

asombrosa claridad, envolviéndolos en sus rosadas tintas.

A lo lejos, perdiéndose de vista, los pantanos cubiertos con la triste vegetación de los inmensos árboles africanos: así es todo ese país de Africa, desde la ribera izquierda del río hasta los confines inaccesibles de la Guinea.

Sirius se eleva lentamente, la luna está en el cenit. El silencio es pavoroso.

Sobre la rosada arena se elevan los grandes euforbios azulados; su silueta es corta y dura. La una dibuja las más pequeñas sombras de las plantas, con una claridad fija y glacial llena de inmovilidad y de misterio.

Algunas plantas bajas y espesas forman grandes manchas negras sobre el fondo luminoso y rosado de las arenas.

Pantanos cenagosos, arrojan vapores que forman sobre ellos como un humo blanco y son el origen de mortíferas fiebres.

Al pasar cerca de estos pantanos se experimenta una extraña sensación de frío, muy extraña, después del calor abrasador del día.

El aire húmedo está impregnado del olor que despiden aquellas lagunas...

Aquí y allí, á lo largo del camino, se ven cadáveres retorcidos por el dolor; esqueletos de camellos, de los cuáles mana un jugo negro y fétido. Están

allí, á la luz de la luna, mostrando con impudencia su vientre desgarrado por los buitres y su asquerosa descomposición.....».....

De cuando en cuando el graznido de alguna ave acuática, turba el pavoroso silencio.....

A lo lejos un baobab extiende en el aire inmóvil sus enormes ramas, como una gran madrepora, como un árbol de piedra, y la luna dibuja con extraña dureza de contornos su rígida estructura de mastodonte, impresionando á la imaginación como un objeto inerte, petrificado y frío.

Entre sus relucientes y pulimentadas ramas se distingue confusamente una gran masa negra. ¡Siempre los buitres!..

Familias de estas aves de rapiña duermen allí confiadas y tranquilas sin oír á los soldados que se aproximan...

Y la luna al arrojar la luz sobre sus negras alas les presta los azulados y metálicos reflejos del acero .

Juan se asombraba al ver por primera vez todos los detalles íntimos de aquel país, en plena noche....

De pronto un concierto de gritos que tenía un no

se que de feroz y de siniestro se dejó oír distintamente.

En las noches de San Luis, cuando el viento venía del lado de los cementerios, Juan había creído oír gemidos semejantes; pero aquella noche, era allí, al lado, en la hierba donde se cantaba el lúgubre concierto, donde se oían los tristes aullidos de los chacales y los agudos y estridentes maullidos de las hienas. Se libraba una batalla entre dos bandas errantes, disputándose los restos de los camellos muertos.

—¿Qué es eso?—dijo Juan al spahi negro.

Un presentimiento tal vez, una idea pavorosa se apoderó de nuestro spahi. Aquellos aullidos tan cercanos hicieron que un estremecimiento recorriese su cuerpo y que sus cabellos se erizasen.

—Esas fieras—respondió Nyaor-fall, con una expresiva pantomima—buscan á los muertos para comérselos...

Y al decir *comérselos* hacía el simulacro de morder su brazo negro con sus finos y blancos dientes...

Juan comprendió, y más adelante, cada vez que oía por la noche los lúgubres aullidos, recordaba aquella explicación dada de un modo tan expresivo por la mímica de Nyaor, y él que en pleno día no tenía miedo á nada, se estremecía entonces, sintiéndose invadido por uno de esos terrores supersticiosos y vagos que suelen tener los montañeses.....

.....  
El ruido se calma, y se va perdiendo al alejarse; después vuelve á oírse más velado en otro punto del horizonte y se va apagando poco á poco, hasta que todo queda en el silencio.

Sobre las tranquilas aguas, las blancas nieblas van espesándose á la aproximación de la mañana.

Se siente uno penetrado y transido por la humedad helada de los pantanos. Sensación extraña en aquel país: ¡hace frío! El rocío cae la luna va bajando poco á poco hacia occidente, se vela y por fin se apaga.

La soledad oprime el corazón.

Por fin en el horizonte se ven los picos de unas chozas; es la aldea de Dialambau, donde los spahis deben acampar.

## XXV

El país estaba desierto por los alrededores del campamento de Dialamban, y solo había en él grandes lagos de aguas fétidas ó grandes explanadas de arena donde crecían algunas raquílicas plantas.

Juan iba allí á dar largos paseos solitarios, con su fusil al hombro, cazando ó soñando; siempre con sus vagos ensueños de montañas.

También le gustaba mucho ir en piragua al otro ribazo del río ó perderse en el dédalo de los *mari-gots* senegaleses.

¡Inmensos pantanos en que dormían las aguas templadas y tranquilas, riberas en que el suelo traidor era imaccesible al pie humano! ¡Tal era aquel país!

Blancas garzotas se paseaban tranquilamente entre la monótona verdura de los árboles tropicales á cuyo pie se arrastraban los reptiles. Gigantescos mamíferos y lotos blancos y rosados, desplegaban sus ramas y extendían sus hojas para recibir los rayos del ardiente sol africano.....

.....  
Juan Peyral empezaba á tomar cariño á aquel país.

## XXVI

Habia llegado el mes de Mayo.

Los spahís recogían alegremente sus bagajes y sus tiendas de eampaña para regresar á San Luis á tomar posesión de su gran cuartel reparado, limpio y enlucido con cal viva y á volver á sus placeres: las mulatas y el ajeno.

¡El mes de Mayo! El mes en Francia del verdor y de las flores; pero en los tristes campos de Dialambau nada había florecido. Árboles ó hierbas, todo lo que no se encontraba dentro del agua amarilla de los pantanos, estaba marchito, seco y sin vida.

La tierra tenía sed. Hacía seis meses que no había caído del cielo ni una gota de agua.

La temperatura se elevaba y las frescas brisas de la tarde habían cesado.

La estación de los sofocantes calores y de las lluvias torrenciales, la estación que todos los años ven venir con espanto los europeos que viven en el Senegal porque trae la fiebre, la anemia y á menudo la muerte.

Sin embargo, es necesario haber vivido en el *país de la sed* para comprender las delicias de la primera lluvia y el placer que se experimenta al sentirse mojado por las gruesas gotas de aquella agua.

¡Oh, la primera tempestad!..

En un cielo inmóvil y plomizo que forma cúpula sombría, un *extraño signo del cielo* sube del horizonte.

Y sube, sube siempre tomando raras y espantosas formas. Parece la erupción de un volcán gigantesco, la explosión de un mundo.

Grandes arcos que se dibujan en el cielo van subiendo y sobreponiéndose unos á otros como grandes bóvedas de piedra que van á desplomarse sobre el mundo. Y todo esto se ilumina de repente con resplandores metálicos, azulados ó verdosos.

Los artistas que han pintado el diluvio ó los cataclismos del mundo primitivo, no han podido imaginar aspectos tan fantásticos ni cielos tan terribles.

Y entre tanto, ni un soplo de aire, ni un estremecimiento de la abrasada naturaleza.....

Pero de pronto viene una ráfaga terrible, un latigazo formidable azota los árboles, las plantas y los pájaros, haciendo danzar en confuso torbellino á los asustados buitres.

Es la tormenta que se desencadena: todo tiembla y se quebranta; la naturaleza se humilla bajo el terrible poder del meteoro que pasa.

Durante veinte minutos, todas las cataratas del cielo se abren sobre la tierra y un verdadero diluvio refresca el ardiente suelo de Africa en tanto que el viento sopla con furia regando la tierra de hojas, de ramas y de cascotes.....

Después, bruscamente todo se serena. Las últimas ráfagas arrastran las últimas nubes cobrizas.

El meteoro ha pasado y el cielo vuelve á quedar inmóvil y azul.....

La primera tormenta sorprendió á los spahis en marcha y produjo una desbandada alegre y ruidosa.

El pueblo de Pourokan estaba allí cerca, á un lado del camino y á él se dirigieron los spahis, corriendo en desorden.

Las mujeres que limpiaban el grano y los niños que jugaban á su lado, las gallinas que andaban picando de aquí y allí y los perros que dormían al sol, todos entraban precipitadamente á cobijarse bajo los puntiagudos tejadillos.

Las chozas, ya demasiado estrechas, fueron invadidas por los spahis que entraban alegremente, los unos abrazando á las muchachas y los otros jugando como unos niños y sacando la cabeza fuera de las puertas para tener el placer de sentir el agua del cielo sobre sus ardorosas frentes.

Los caballos, amarrados fuera á los árboles, relinchaban y piafaban de miedo, y los perros, las cabras, los carneros y todos los animales del pueblo se reunían y estrechaban á las puertas, saltando y empujándolas con la cabeza y con los cuernos para entrar, buscando también protección y abrigo.

Un gran alboroto de gritos y carcajadas de las negras, el ruido del viento y de la tempestad con sus formidables truenos, formaban extraño contraste bajo aquel cielo negro, bajo aquella obscuridad en pleno día rasgada por fulgurantes resplandores.

Y la lluvia cayendo á torrentes por las grietas de los tejadillos de seca paja, echaba por aquí y allá duchas inexperadas, ya sobre el lomo de un gato, ya sobre alguna gallina ó ya sobre la cabeza de un spahi.....

Cuando pasó la tormenta y se restableció el orden, los spahis volvieron á ponerse en camino por los senderos más transitables.

En el azul y claro cielo se veían aún algunas nubes extrañas que huían arrastradas por el viento. Fuertes olores desconocidos salían de la tierra alte-

rada al contacto de las primeras gotas de agua.

La naturaleza iba á comenzar á dar á luz sus prodigiosas creaciones.

## XXVII

Fatou-Gayé estaba apostada desde muy temprano á la entrada de San Luis para presenciar la llegada de la columna.

Cuando vió pasar á Juan le saludó con un «keou» discreto acompañado de una ceremoniosa reverencia.

No quiso molestarle en las filas y tuvo el buen acierto de esperar dos horas para poder saludarle en el cuartel.

Fatou había cambiado mucho.

En tres meses había crecido y se había desarrollado de repente como las plantas de su país.

Ya no pedía cuartos y había adquirido cierta graciosa timidez que la sentaba muy bien.

Un *boubon* de muselina blanca cubría ahora su redondeado pecho como es uso en las jovencitas que pasan á mujeres y estaba muy perfumada con almizcle y con *soumaré*.

Ya no llevaba aquellos rabos en la cabeza, sino que dejaba crecer sus cabellos que no tardarían en poder ser manejados por las hábiles manos de una peinadora, el complicado remate que debe coronar la cabeza de toda mujer africana.

Pero demasiado cortas aunque se esparcían en in

domables ricillos, lo cual cambiaba por completo su fisonomía que de cómica había llegado á ser graciosa y original, casi encantadora.

Era una mezcla de niña, de mujer y de diablillo negro, gracioso y lindo.

—¿Sabes Peyral que es preciosa la pequeña?—decían los spahis riendo.

Juan había notado perfectamente que era bonita; pero por entonces le tenía sin cuidado.

El joven trató de volver á hacer tranquilamente la misma vida que antes, dando sus paseos por la playa y haciendo sus campestres expediciones.

Los meses de calma y tranquilidad que acababa de pasar en el campamento, le habían hecho mucho bien y por decirlo así, había recobrado casi su equilibrio moral.

La imagen de sus padres y de su carta prometida que le esperaba confiada en su pueblo, habían recobrado sobre él todos sus derechos y su imperio.

Había desistido por completo de sus locuras anteriores, y ahora no podía explicarse cómo Virginia Scolástica le había contado entre sus parroquianos.

No solamente se había jurado no beber más, sino también ser fiel á su prometida hasta el venturoso día de su matrimonio.

## XXVIII

El aire estaba cargado de efluvios y de enervantes aromas de nacientes plantas.

La naturaleza no cesaba de prodigar sus abundantes creaciones.

En los primeros momentos de su llegada, Juan había echado una mirada de disgusto sobre aquella población negra en que para él todos los rostros eran iguales, y no hubiera sabido distinguir un individuo de otro.

Poco á poco, sin embargo, se había ido acostumbrando á aquellos rostros y ahora ya los distinguía.

Al ver pasar á las muchachas negras con sus brazaletes de plata, las comparaba y encontraba feas á unas y bonitas á otras.

En fin, ya las negras tenían para él una fisonomía como las blancas, y le repugnaban menos.

## XXIX

¡Junio! este mes es allí la primavera; pero la primavera rápida calenturienta, de enervantes aromas y de terribles tempestades.

Había llegado la época de la vuelta de las mariposas, de los pájaros y de la vida; los colibris habían

dejado su vestidura gris para tomar los vistosos colores del estío.

Todo florecía como por encanto. Un poco de sombra tibia y dulce se encontraba ahora bajo los árboles frondosos y sobre el suelo húmedo. Las sensitivas, que florecían con profusión, parecían enormes ramos de naranjas en las que los colibris cantaban con su dulce vocecilla parecida á la de la golondrina.

Hasta los mismos baobats habían revestido sus ramas, por algunos días, de fresco follage de un verde claro.

En el campo el suelo estaba cubierto de flores raras y olorosas, y los turbiones que regaban todo esto eran de aguas tibias y perfumadas.

Por la noche en las frondosas hierbas, nacidas la víspera, se veían multitud de gusanos de luz semejantes á fosfóricos átomos.

Y la naturaleza se había apresurado tanto á crear todo aquello que en ocho días lo había trasformado todo.

## XXX

Todas las noches Juan encontraba en su camino á la linda Fatou con su cabeza rizada de diablillo negro.

Por cierto que sus cabellos crecían tan deprisa como la hierba y muy pronto las hábiles peinadoras iban á poder sacar partido de ellos.

## XXXI

Mucha gente se casaba en aquella primavera.

A menudo, durante esas noches enervantes de Junio, Juan encontraba los cortejos de las bodas que iban desfilando por la arena en fantásticas procesiones.

Toda aquella gente cantaba y se acompañaba con palmaditas y con golpes de *tan-tan*.

Aquellos cantos y aquella alegría negra tenía una cosa inexplicable de voluptuoso y sensual.

Juan visitaba á menudo en Guet-n'dar á su amigo Nyaor, y aquellas escenas de la vida íntima de los yolofs, le turbaban.

¡Qué solo, que aislado de sus semejantes se sentía en aquella tierra maldita!

¡Pensaba en la que amaba con el casto amor de la infancia, soñaba con Juana Mery!.. ¡Ay!.. ¡No hacía más que seis meses que estaba en Africa!.. ¡Tenía que esperar aún más de cuatro años para verla!..

Y el pobre muchacho pensaba que le faltaría valor para vivir sólo y que necesitaba alguno que le ayudase á pasar su época de destierro... ¿Pero quién?

¡Fatou-Gayé tal vez?..

¡Oh, nunca!.. ¡Qué profanación de sí mismo!.. Y además parecerse á sus camaradas los parroquianos

de Virginia Scolástica... ¡Engañar como ellos á las muchachas negras!

Juan tenía una dignidad, un pudor instintivo que le había preservado hasta entonces de aquellos arranques de sensualidad.

—No, nunca caeré tan bajo—se decía.

## XXXII

Todas las noches daba nuestro héroe largos paseos.

Las lluvias tempestuosas continuaban cayendo, y las grandes y fétidas lagunas de aguas estancadas, saturadas de miasmas febriles, ganaban terreno cada día, creciendo continuamente.

Una hermosa vegetación cubría ahora aquel país de arena.

Por la tarde el sol parecía palidecer bajo la acción de un calor insoportable y de las emanaciones de letéreas.

A las horas en que se ponía aquel sol amarillento, cuando Juan se encontraba sólo en medio de aquellos pantanos desolados donde todo era nuevo y extraño para su imaginación, una tristeza inexplicable se apoderaba de él.

El joven paseaba sus miradas alrededor del dilatado horizonte cortado á veces por inmóviles vapores, y no comprendía lo que podía haber en el aspecto de

las cosas de triste y de anormal para que se oprimiese así su corazón.

Algunos pájaros, cuyo canto le era desconocido, se llamaban como quejándose sobre las altas hierbas.

Y la eterna tristeza de la tierra de Kan caía sobre aquel cuadro...

A esas horas crepusculares los pantanos de Africa tienen y comunican una tristeza que no hay idioma humano que tenga palabras capaces de explicarla.

## XXXIII

¡*Anamalis fobill* gritaban los *Griots* con los ojos ya inflamados, los músculos tendidos, y su busto, que quedaba al descubierto, reluciente de sudor.

Y todos repetían con frenesí dando palmadas: ¡*Anamalis fobill* ¡*Anamalis fobill*.. la traducción de estas palabras quemaría las páginas de este libro... ¡*Anamalis fobill* eran las primeras palabras y el estribillo de un cántico endiablado lleno de ardor y de impudencia: el canto de las danzas de negros en la primavera...

¡*Anamalis fobill* aullido de deseo desenfrenado, de virilidad negra exaltada por el sol, y de histerismo tórrido... Aleluya del amor negro, himno de reducción cantado también por la naturaleza, por el aire, por la tierra, por las plantas y por los perfumes.

En las danzas de las primaveras, los muchachos

se mezclaban con las jovencitas que acababan de tomar, con gran pompa, su traje nubil (pues, como ya hemos dicho, hasta la edad del desarrollo van desnudas) y con un ritmo, loco de notas rabiosas, cantaban todos á un tiempo, bailando sobre las arenas: ¡*Anamalis fobill*.....

## XXXIV

¡*Anamalis fobill*!

¡Todos los tiernos botones de los grandes baobats se habían abierto en mil verdes hojas!

Y Juan sentía que aquella primavera negra le quemaba la sangre que corría como veneno devorador por sus venas. La renovación de aquella naturaleza le enervaba, por que aquella vida no era la suya. En los hombres la sangre que hervía era negra y en las plantas la savia que subía estaba envenenada: las flores tenían peligrosos perfumes que trastornaban, y Juan sentía que la savia de sus veintidos años también subía á su cabeza; pero de una manera que le causaba fiebre y que parecía iba á ahogarle de un momento á otro.

¡*Anamalis fobill*! ¡Oh, qué rápida primavera!.. Aún no había terminado Junio, y ya bajo la influencia de un calor mortal, en una atmósfera que no era respirable, las hojas se habían puesto amarillas, las plantas

estaban marchitas; las frutas, demasiado maduras, caían al suelo...

## XXXV

¡*Anamalis fobil!*.. Hay ciertas frutas acres, amargas en los países cálidos, detestables bajo nuestras latitudes, pero que son muy á propósito allá para ciertos estados de sed ó de sufrimientos, hasta el punto de parecer exquisitas.

Del mismo modo aquella negrita de rizados cabellos, formas estátuas y ojos de azabache, que sabían ya lo que pedían á Juan, y que, sin embargo, se bajaban ante él con una mezcla de timidez y de pudor, era un sabroso fruto de Soudan, tempranamente madurado por el sol tropical y henchido de jugos tóxicos, respirando voluptuosidades desconocidas é insanas...

## XXXVI

¡*Anamalis fobil!*

Juan había hecho apresuradamente su *toilette* de noche.

Por la mañana había dicho á Fatou-Gayé que fuese á esperarle al pie de cierto *baobat* aislado en los pantanos de Sorr.....

Antes de salir el joven, se asomó á una de las grandes ventanas del cuartel.

Apoyó en sus manos su abrasada cabeza para reflexionar un momento, pero la reflexión era difícil respirando aquel aire pesado y malsano, y el pensamiento de lo que iba á hacer, hizo temblar al joven.

Había luchado algunos días, había sido impulsado por encontrados sentimientos que luchaban en él.

Una especie de horror instintivo se mezclaba aún con el terrible deseo de sus sentidos... y además era un poco supersticioso, como todos los montañeses y tenía miedo á los sortilegios y amuletos de las negras.

Le parecía que iba á franquear el dintel de una puerta fatal, á firmar con aquella raza negra un pacto funesto; que velos aún más espesos y oscuros iban á interponerse entre él y su madre y su prometida, y todo lo que había dejado en el país más tierno y querido.

Un crepúsculo de fuego se reflejaba en el río, y la antigua y blanca ciudad aparecía rosada en su parte de luz y azulada en sus sombras.

Largas filas de camellos caminaban por la esplanada tomando el camino del desierto.

Se oía ya el *tan-tan* de los *griots* y el canto de los deseos desenfundados que resonaba á lo lejos:

¡*Anamalis fobil!*—¡*Faramata hi!*.....

La hora de la cita dada á Fatou-Gayé había pasado casi...

Y Juan partió corriendo para reunirse con ella en los pantanos de Sorr.....

.....  
 ¡Anamalis fobil!—¡Faramata hi!

Sobre su extraño lecho un *baobat* aislado extendía sus ramas; bajo un cielo amarillento, cuya bóveda inmovil y triste estaba cargada de electricidad, de emanaciones terrestres y de sustancias vitales.

Sería necesario, para pintar este lecho nupcial, tener colores como no podíamos encontrar en ninguna paleta. Expresarnos con palabras africanas, tener sus cantos, su ruido y su silencio, tener los aromas del Senegal, el relámpago y el fuego sombrío, la transparencia y la obscuridad.

Y sin embargo, en aquel cuadro no había más que un *baobat* solitario y aislado en medio de una explanada de arena.....

.....  
 Y Juan, en el delirio de sus sentidos, experimentaba aún una especie de horror involuntario al ver destacarse sobre aquel fondo de obscuridad crepuscular, el negro aún más intenso del cuerpo de la desposada y al contemplar tan cerca de los suyos los brillantes y movibles ojos de Fatou-Gayé.

Grandes murciélagos atravesaban el aire por encima de ellos sin hacer ruido.

Su silencioso vuelo, los asemejaba á negros fantasmas que, batiendo sus alas, se aproximaban á los dos jóvenes hasta el punto de rozarse con ellos... y era que su curiosidad de aves nocturnas estaba muy excitada porque FatouGayé había extendido un gran paño blanco que se destacaba en la arena.....

.....  
 ¡Anamalis fobil!.. ¡Faramata hi!.....

.....